

tentación. No me cuesta nada convencerme de que no soy yo quien hace esto. Mi tentación es la desesperación. Me da miedo ser hallado hipócrita ante Dios”.

Durante años estuvo como perseguido por el pensamiento de la condenación. En varias ocasiones, cinco o seis años después de su llegada a Ars, en el curso de una enfermedad que creyó mortal, llegó incluso a oír la temida sentencia:

“Ahora es cuando vas a precipitarte en el infierno”. Este pensamiento obsesivo lo atenazaba a veces incluso durante la celebración de la santa misa.

Su tormento se transparentaba en ocasiones como estas:

—“Cuando estoy ante el altar voy rápidamente a la consagración, pero cuando tengo al buen Dios en las manos no sé terminar. Me asalta la idea de que, si tuviese la desdicha de ser réprobo, quisiera tenerlo el mayor tiempo posible en mis manos”.

Decía además:

—“Si tuviera la desgracia de ser réprobo, quisiera llevarme conmigo al buen Dios, pero entonces ya no habría infierno, porque las llamas del amor ahogarían las llamas de la justicia”.

* * *

Sentimiento de su pequeñez:

El Santo Cura se sentía profundamente indigno y por ello temía el día de la muerte y del juicio.

En una de sus cartas al obispo de Belley, el Cura de Ars deja escapar esta lamentación:

—“Monseñor, le digo a usted que varios sacerdotes sabios y prudentes dicen que es una gran desgracia para muchas diócesis que me soporte usted en el ministerio. Después de esto, piense usted si puedo estar tranquilo...”

Pero cuando pensaba en la bondad de Dios, se encontraba más consolado. Al Padre Toccanier escribió sobre el particular:

—“La otra noche estaba yo en mi cama, sin dormir, llorando mi pobre vida. Oí una voz que me decía: En Ti, Señor, confié, no seré confundido para siempre. En otra ocasión la misma voz repitió las mismas palabras, más fuertes. Me levanté y encendí mi lámpara. Al abrir el breviario encontré el mismo versículo. Me sentí muy consolado.”

Sin embargo, algunas semanas antes de su muerte confió llorando a una penitente, la señorita Etienne Durié:

—“No sé si he cumplido bien las funciones de mi ministerio... ¡Temo la muerte porque soy un gran pecador!”

Y el hermano Atanasio pudo declarar:

—“Sentía gran temor a los juicios de Dios; temblaba cada vez que se hablaba de ello; y al mismo

tiempo lloraba y decía que su mayor aprensión era caer en la desesperación en el momento de su muerte”.

* * *

“Me quedaría en la tierra...”

Pero se fue al cielo.

Todo le parecía poco cuando se trataba de ganar almas para Jesús.

¡Las amaba tanto!

Sus dolores nada le importaban con tal fuese ganar otra oveja para el redil de Cristo.

Pero su cuerpo se resentía....

En una charla amena y familiar alguien le preguntó:

—“Si el buen Dios os diese a escoger entre estas dos cosas: Subir al cielo ahora mismo o permanecer en la tierra hasta el fin de los siglos trabajando por la conversión de los pecadores, ¿qué harías?

—Me quedaría en la tierra.

—¿Hasta el fin del mundo?

—Hasta el fin del mundo.

Pero con tanto tiempo delante de vos, no os levantaríais tan de mañana.

— ¡Ay, amigo mío! Me levantaría como ahora, a medianoche, y sería el más feliz de los servidores de Dios”.

Jesús no quiso que madrugase tanto.

Ya había trabajado demasiado. Quería llevarsélo para pagarle como justo Juez y Padre bueno.

* * *

¡Hay que salvar almas!

En el último año de su vida, el Padre Vianney, héroe de la caridad, vio pasar por la parroquia unos cien mil peregrinos.

Había quienes esperaban vez hasta seis días.

El santo pasaba más horas de confesonario.

Camina ya a un rápido agotamiento.

Una tos seca y desgarradora intranquiliza a todos.

Dado su desfallecimiento se vio obligado a tomar un poco de leche antes de acostarse.

Un día entra en casa de Catalina Lassagne:

—“¡Ah, Catalina, no puedo más!

—Siéntese usted un momento, señor Cura, que voy a calentar un poco de leche.

—¡Oh, no, no hagas nada; es la cama lo que necesito!”

Y salió para acostarse.

Catalina, no obstante, prepara la leche y marcha a llevársela. Pero se encuentra en la escalera de la casa parroquial con el Santo Cura que, renunciando al reposo, se vuelve a la iglesia.

—“¡Señor Cura, beba usted esto! No podrá escapar a la noche.

—No, no; no quiero nada.

—¡Señor Cura, es necesario que tome esta leche!

—Vaya, déjame pasar.

—No me iré de aquí, Señor Cura”.

Abrióse paso con un ademán imperativo y llegó al patio. Catalina le va siguiendo con la taza en la mano.

—“ ¡Te van a ver los peregrinos! ”, dijo el Cura. Al fin, tuvo que ceder y tomar la leche.

Por la noche le dijo:

—“Verdaderamente, Catalina, sin tu taza de leche no hubiera podido llegar al fin de este día.”

La cabeza le empezó a flaquear desde entonces.

A pesar de que le faltaban las fuerzas, seguía disciplinándose.

—“Señor Cura, es necesario que se cuide.

—Nuestro Señor lo arreglará todo” —contestaba sonriendo.

El tiempo del poco sueño que se tomaba lo pasaba agitado, bañado en sudor.

Suyos son estos pensamientos:

—“Tenía muchas ganas de dormir; pero no he dudado en levantarme: ¡Es importante la salvación de las almas! ”

— ¡“Oh! , los pecadores acabarán por matar a este pobre pecador”.

Los feligreses presentían la proximidad de su muerte.

El seguía trabajando. Quiere levantar un templo

a santa Filomena:

—“Rogaré a Dios por los que me ayuden a levantar una hermosa iglesia a Santa Filomena”, repetía.

No obstante sus achaques y agotamiento, se mantiene bondadoso con todos.

Entretanto su fin se acerca.

Una señora que se confiesa con el santo, temiendo que no podrá tener nueva ocasión de verse, se despide de él.

—“Sí, sí, hija mía; nos veremos dentro de tres semanas! ”

Ciertamente, tres semanas más tarde se encontraban ambos en el Cielo.

* * *

“Llega mi fin”:

Los últimos días del mes de julio eran extraordinariamente calurosos. Los peregrinos salían a cada momento de la iglesia para poder renovar el aire. Sólo el abnegado sacerdote permanecía en el confesionario.

El día 29 de julio, viernes, de 1859, al levantarse, se sintió indispuesto. No obstante, a la una de la mañana ya estaba en la iglesia. Mas, sintiendo ahogarse en el confesionario, salió un poco a descansar. Estaba abrasado por la fiebre.

Por la noche, entró en casa muy encorvado y del

brazo de un Hermano.

Al llegar a la escalera tuvo un pequeño desmayo. Se repuso y subió a su habitación con mucha dificultad. Después de acostado, rogó al Hermano que le dejara solo.

A eso de la una, a pesar del calor, sintió que se enfriaba. Dio golpes y acudió Catalina, que había permanecido en vela sin saberlo el Cura.

—“Llegamos al fin —suspiró—; hay que ir a buscar al cura de Jassans”.

Avisado por Catalina, vino el Hermano Jerónimo.

—“Es mi pobre fin —repetía—; llamad a mi confesor.

—Voy a buscar al médico.

—Es inútil; el médico no hará nada.”

Llega el vicario conmovido.

—“Señor Cura, Santa Filomena le curará.

— ¡Oh, Santa Filomena no podrá hacer nada! ”

Al despuntar el día llegaron el confesor y el médico.

La debilidad del Reverendo Vianney era extrema. No podía reaccionar.

—“Si los calores disminuyen, todavía queda alguna esperanza; pero, si continúan, vamos a perderle”, dijo el médico.

Y el calor aumentaba.

Ahora ya se dejaba cuidar como un niño. No rechistó cuando pusieron un colchón a su dura cama. Obedeció al médico.

Y se produjo un hecho conmovedor: Este había dicho que había alguna esperanza si disminuyera un poco el calor. Y en aquel tórrido día de agosto, los vecinos de Ars, no sabiendo qué hacer por conservar a su cura queridísimo, subieron al tejado y tendieron sábanas que durante todo el día mantuvieron húmedas. No era para menos.

El pueblo entero veía, bañado en lágrimas, que su cura se les marchaba ya. El mismo obispo de la diócesis vino a compartir su dolor. Tras una emocionante despedida de su buen padre y pastor, el Santo Cura ya no pensó más que en morir.

La noticia cundió entre los peregrinos que asediaban la puerta del pequeño patio. Alguno tuvo la audacia de llegarse hasta el mismo lecho, para terminar su confesión. No manifestaba deseos de curar, aunque cumplía todas las prescripciones.

La enfermedad avanzaba rápida.

Sus queridos feligreses y los peregrinos se presentaban constantemente a la puerta del cuarto para que los bendijera. El santo, sin pronunciar palabra, accedía benévolo.

Los peregrinos, amontonados entre la iglesia y la casa parroquial, deseaban ver, una vez al menos, a su confesor.

En determinados momentos, sonaba una campanilla. Todos se arrodillaban en la calle y recibían, muy conmovidos, la bendición del venerado sacerdote.

Constantemente se pedía ante el altar de Santa

Filomena por la salud del buen pastor. Algunos hicieron una peregrinación a un santuario de la Virgen.

Estando moribundo dijo:

—“Me quedan treinta y seis francos; dñselos al doctor y ruéguele que no venga más, pues no tendría con qué pagarle...”

El 2 de agosto se le administraron los últimos sacramentos. Unos veinte sacerdotes acompañaban al Santísimo Sacramento.

Al día siguiente, se le hizo la recomendación del alma.

Este mismo día, el señor Obispo se hallaba en el seminario menor, para el reparto de premios de fin de curso. Enterado del estado de su Cura, sin perder un momento, partió para Ars.

Jadeante, emocionado, rezando en alta voz, abriéndose paso a través de la multitud que se arrodillaba, llegó a eso de las siete.

El enfermo lo reconoció, sonrió e intentó darle las gracias sin lograr pronunciar palabra.

El prelado lo abrazó.

Hacia las diez de la noche, el fin era inminente.

Y el jueves 4 de agosto de 1859, a las dos de la madrugada, cuando rezaban: “que los ángeles de Dios salgan a tu encuentro y te lleven a la celestial Jerusalén”, mientras estallaba una violenta tempestad, Juan María Bautista Vianney entregaba dulcemente su alma a Dios.

* * *

Voló al cielo lleno de paz:

Hemos recordado arriba sus grandes tentaciones de desesperación.

Pero el Señor le consoló hondamente en sus últimos días.

El P. Toccanier depuso en el Proceso Apostólico:

—“La tentación de desánimo y desesperación que le había asaltado durante su vida dieron paso, durante su enfermedad, a una gran calma, a una gran confianza en Dios. Su muerte fue santa y humilde como su vida”.

Y el hermano Anastasio:

—“Yo he sido testigo de la muerte del padre Vianney. Rindió su alma el 4 del mes de agosto de 1859, a las dos de la mañana, en su casa parroquial. Murió de agotamiento después de haber permanecido cinco días en cama, mostrando la mayor paciencia y la más grande resignación a la voluntad de Dios. El mismo pidió los sacramentos. Cuando oyó sonar la campana que anunciaba el momento de la administración del santo Viático, se puso a llorar diciendo:

—“ ¡Qué bueno es el buen Dios! Viene a visitarnos cuando no podemos visitarlo nosotros! ”

“Hasta entonces, cuando hablaba de la muerte y de los juicios de Dios lloraba y se asustaba. Pero

entonces mostró una serenidad total. No observé que experimentase tentación alguna. Aceptó la muerte de buena gana y no dijo nada extraordinario.”

Interesante el relato del cura de Fareins, el padre Esteban Dubouis, que estuvo a la cabecera del santo después de que éste recibiera los sacramentos y que depuso en el Proceso Apostólico:

—“Señor cura —le dije—, ¿está usted solo con el buen Dios? ”

Me respondió:

—“Sí, amigo mío”.

Añadí:

—“Hoy es el día de la traslación de las reliquias de San Esteban. Este santo, cuando aún se hallaba en la tierra, veía ya el cielo abierto.

“Entonces elevó los ojos al cielo con una expresión extraordinaria de fe y felicidad. Murió por la noche, en un sosiego completo”.

* * *

Apoteosis:

Era de esperar.

Con gran paz y lleno de alegría su rostro el 4 de agosto, a las dos de la madrugada, mientras su joven coadjutor, rezaba las hermosas palabras “que los santos ángeles de Dios te salgan al encuentro y te introduzcan en la celestial Jerusalén, suavemen-

te, sin agonía, “como obrero que ha terminado bien su jornada”, el Cura de Ars entregó su alma a Dios.

Tenía 73 años de edad. Hacía cuarenta y uno que era cura de Ars.

Las campanas tocaron tristes. Todos lloraban.

—“ ¡Nuestro santo Cura ha muerto! ”

Las multitudes se ponían en camino hacia Ars.

Una inmensa muchedumbre se había reunido en la plaza. El llanto era general.

El desfile ante sus restos duró cuarenta y ocho horas seguidas. Su entierro fue verdadera apoteosis.

Hubo que establecer servicios que mantuvieron el orden.

Entraban los visitantes en pequeños grupos, y sólo se les daba el tiempo suficiente para rezar un padrenuestro y avemaría.

Todos querían pasar objetos de piedad por el cadáver. Los establecimientos de Ars quedaron vacíos.

A pesar de que la casa parroquial fue sellada, se cometieron piadosas sustracciones.

Hubieron de intervenir los guardianes.

Los tres saucos del patio quedaron sin hojas. Todos querían poseer alguna reliquia, por insignificante que fuese.

Por primera vez pudo ser fotografiado el cura de Ars.

Las exequias se señalaron para el día 6.

Tal fue el día anterior la afluencia de gentes,

que llegaron a faltar los víveres. Casi todos pasaron la noche al raso.

El paso del cadáver fue una marcha triunfal.

Niñas vestidas de blanco; el Clero con hábitos corales... Las multitudes, a uno y otro lado, caían llorosas de rodillas al paso del féretro...

El Señor Obispo pronunció con emoción y elocuencia la oración fúnebre...

Este es el calendario de su apoteosis:

— **Declarado Venerable:** Por Pío IX en 1872.

— **Beatificación:** Por Pío X el 8.1.1905. Estaban presentes: Cardenales, Obispos, sacerdotes, seminaristas...

— **Canonización:** Por Pío XI el 31.5.1925: Ante 35 Cardenales, 200 obispos, miles de sacerdotes y decenas de miles de fervorosos cristianos de todo el mundo.

— **Patrono de todos los Párrocos del mundo:** Por Pío XI en 1929.

* * *



Ante esta imagen consagró su Parroquia al Inmaculado Corazón de María.

Epílogo

Hemos llegado al final.

El sábado 6 de agosto de 1859 fue un día imborrable para Ars y para toda Francia.

Monseñor Langalerie, obispo de Belley, presidía el entierro triunfal de aquel humilde cura rodeado de más de trescientos sacerdotes y seis mil fieles... Dijo en su bella y espontánea oración fúnebre:

“Animo, siervo, entrad en el gozo de vuestro Señor”. O sea: Bueno y fiel siervo: vuestra jornada ha terminado; habéis hecho bastante, habéis trabajado bastante: venid, aquí tenéis vuestra recompensa y el pago de vuestros trabajos...

“El, tan bueno, al ver nuestras lágrimas, hubiera consentido vivir. Pero... ¿no nos lo ha dejado Dios bastante tiempo? No le necesitamos, él necesita reposo, tiene derecho a la recompensa.

“ ¡Que entre a gozar de su Dios! ”.-

Era una beatificación anticipada —sólo a los dos días de su muerte. Antes de cincuenta años lo haría oficialmente San Pío X.

* * *

Monseñor Convert pone en labios de nuestro Santo Cura estas hermosas palabras que sirven para sellar su preciosa vida:

“No estamos aquí más que un momento, luego cada uno se va a su eternidad. Sobre la tierra se está muy mal, es cierto; uno ha de bandearse como puede, pero esto no dura. Dentro de cincuenta años ninguno de nosotros estaremos aquí; estaremos lejos... La tierra no se mueve, las casas continúan en su sitio, pero los hombres se van, dejando su lugar a otros que vienen. Hay que despreciar la tierra: es polvo, no es nada”.

Para Vianney sí que es: Lo es en el cielo y... en la tierra.

Allí está en su vida gozosa y aquí en su espíritu que quiere transmitir a todos los que todavía caminamos por las sendas de este mundo...

* * *

Ha sido muy breve esta biografía.

Se han escrito centenares —no exageramos— de obras sobre nuestro Santo Cura.

Pero nos propusimos recorrer su preciosa y viva historia limitándonos a unas cuantas pinceladas.

Intentamos solo ofrecer unas pocas escenas de su apasionante vida:

—Le hemos visto niño como los demás pero llamado a una vocación sublime.

—Hemos hecho pasar ante nosotros su persona y su alma, su pueblo y sus deseos.

—Le hemos contemplado dando muerte a su “cadáver” y entregándose sin medida a las almas.

—Nos hemos gozado al verle hecho modelo verdadero y oficial de todos los párrocos del mundo y de todos los sacerdotes.

Podemos afirmar, pues, con toda propiedad, que se fue pero queda con nosotros.

Ninguna mejor conclusión que hacer nuestras las autorizadas palabras con que terminaba su preciosa encíclica sobre el Primer Centenario de la muerte del Santo Cura, el Papa Bueno, Juan XXIII:

“Al terminar esta carta, venerables hermanos, deseamos deciros toda nuestra suavísima esperanza de que, con la gracia de Dios, este centenario de la muerte del santo Cura de Ars pueda despertar en cada sacerdote el deseo de cumplir más generosamente su ministerio y, sobre todo, su “primer deber de sacerdote, es decir, el deber de alcanzar la propia santificación”.

PIEDAD INFANTIL

LIBRITOS ILUSTRADOS A TODO COLOR
PARA NIÑOS PEQUEÑOS

LA BIBLIA DEL NIÑO
LOS DIEZ MANDAMIENTOS
EL CREDO
LOS SACRAMENTOS
EL ROSARIO
HISTORIA DE JESUS
LA VIRGEN MARIA
SAN JOSE
LOS APOSTOLES
LAS MARAVILLAS DE FATIMA
SANTA BERNARDITA DE LOURDES
SAN FRANCISCO DE ASIS
SAN IGNACIO DE LOYOLA
SAN FRANCISCO JAVIER
SANTA TERESITA
SAN LUIS GONZAGA
SANTA ROSA DE LIMA
SANTA INES
SANTOS JUSTO Y PASTOR
DOS SANTOS DE LA EUCARISTIA
TODOS LOS SANTOS
LAS CRUZADAS

EL PRECIO DE CADA LIBRITO ES DE 10 PESETAS

Pídalos al APOSTOLADO MARIANO
c/Recaredo, 34 - Sevilla